

LA I.T.T. UN GIGANTE POR ENCIMA DE TODA SOSPECHA

«A» L servicio de los hombres y las naciones». Lema harto ambicioso para una compañía comercial cuyo objetivo, como ella misma reconoce, es «hacer dólares». Pero la International Telephone and Telegraph Corporation, cuyas tres iniciales, ITT, son en todo el mundo sinónimo de poder, beneficios y economía capitalista, ¿es verdaderamente una compañía como las demás? Su cifra de negocios correspondiente al año 1972 —8.556.826.000 dólares— es superior al PNB de Portugal, Israel o Kuwait. El número de empleados de esta compañía equivale a la población de una gran ciudad: 428.000 personas, de las que 200.000 trabajan en Europa. Más poderoso y diversificado que un «trust» o un cartel, este conglomerado «multinacional» no conoce fronteras geográficas ni políticas, y con la sola excepción de China, inunda al globo entero con sus millares de productos. En los Estados Unidos, tales productos van desde el pan envuelto en papel de celofán hasta el láser y los elementos que integran un satélite, pasando por el jamón en rodajas. Solamente en Francia, la ITT cuenta con 31 filiales, dos de ellas muy importantes: la Compañía General de Construcciones Telefónicas (CGCT) y el Material Telefónico (LMT); la ITT controla también en Francia las siguientes empresas, entre otras: Sonolor (radio), Oceanic (televisión), Levitt (constructora de inmuebles), Grohe (productos sanitarios), Payot (perfumes), Avis (alquiler de coches), etcétera. Sin embargo, la ITT no constituye un caso aislado, sino que forma parte, junto con una decena de «multinationales» —General Motors, Exxon (antigua Standard Oil), Ford, Royal-Dutch, Shell, General Electric, IBM, Mobil Chrysler, Texaco, Unilever— del pelotón de cabeza de los gigantes de la producción internacional.

«Una empresa que ha triunfado», pero no la única... ¿A qué obedece entonces el interés que ha despertado súbitamente la ITT en todo el globo? ¿Cuál es la razón del éxito de ese libro que acaba de publicarse en Gran Bretaña y cuyo autor, Anthony Sampson, ha titulado «Un Estado soberano, historia secreta de la ITT»? La razón es que desde el año 1970 la opinión internacional está al tanto de la existencia de un «affaire ITT» con todo lo que

dicha palabra implica en materia de escándalos... ¿Fomentó realmente la ITT, por cuenta de la CIA, un golpe de Estado en Chile para impedir que Allende llegase al poder? ¿Subvencionó a la Administración Nixon? ¿Trató secretamente con Hitler durante la última guerra mundial?

El 9 de mayo de 1973, a las catorce horas, en el salón de baile Régence del hotel Plaza Inn, de Kansas City (Missouri), Harold Sydney Geneen, presidente de la ITT desde 1959, presenta a los accionistas su informe anual correspondiente a 1972:

«Nuestras ventas han aumentado de nuevo por treceava vez consecutiva... Con nuestros ingresos, las mismas representan ocho mil seiscientos millones de dólares, es decir, un doce por ciento más que el año pasado».

Geneen, sesenta y tres años, rostro poco expresivo, aficionado a las corbatas y los trajes oscuros, se muestra optimista, aunque matiza: «En los Estados Unidos —dice— se han hecho buenos negocios en general ("basically"):

«La economía europea comenzó el año a un ritmo muy lento. Sin embargo, se han obtenido mejores resultados que los previstos».

Poco después, en privado, en su despacho del rascacielos escalonado, cuartel general planetario de la ITT, en el número 320 de la Park Avenue, Geneen parece más tenso: los informes confidenciales y los telex cifrados que envían las trescientas cincuenta y tantas filiales y sucursales de la ITT diseminadas por todo el mundo contienen noticias desilusionadoras. Desde enero, las acciones de la ITT han perdido un 47 por 100 de su valor en las Bolsas neoyorquina y de Londres, un 55 por ciento en la de París y un 60 por ciento en Frankfurt.

Un agente de cambio rumia, pensativo: «La ITT figura, sin embargo, en el quinto lugar de los valores más activos».

En efecto, según las normas de la economía de mercado, la ITT goza de salud. Mejor dicho: está en expansión como el universo. En 1973, el dividendo trimestral de la ITT pasa de 31 a 35 centavos. De abril a junio, las ventas aumentan en un 20 por 100. Claro que la contabilidad de un conglomerado como la ITT permite toda clase de juegos y maniobras. Pero la ITT está lejos de la bancarrota.

¿Por qué entonces tanta preocupación? En la primavera, la

ITT no consigue verse libre del escándalo. Ese verano, la ITT se hunde lentamente en el torbellino provocado por la aparición del libro de Anthony Sampson.

La ITT sufre de «watergatis-mo»: la corporación se compromete en la proliferante prevaricación de la Administración Nixon. En 1971, el Presidente norteamericano, en plena gloria, expresa sus deseos de que la Conversación republicana de 1972 se celebre en San Diego, cerca de su Casa Blanca californiana. A la ciudad le faltan hoteles, taxis, dinero. La municipalidad teme la irrupción de los contestatarios. Además, la instalación del circo-quermese de los delegados republicanos representa para el partido —y la municipalidad— unos gastos de ochocientos mil dólares. Siguiendo instrucciones, Geneen, Bud James, director de los hoteles Sheraton, perla publicitaria del imperio ITT, ofrece una garantía de cuatrocientos mil dólares según unos, de entre cien y doscientos mil según el propio Geneen.

Antaño, Geneen financiaba a demócratas y republicanos —una de cal y otra de arena—. En 1971, sin embargo, tan sólo apoya a estos últimos. El clásico folklore político.

«Cien mil dólares —dicen en la ITT— es el coste medio de una campaña de promoción de un hotel. O el precio de un "spot" de dos o tres minutos en una cadena de televisión. Pues bien, nosotros con ese dinero lanzábamos un nuevo Sheraton en San Diego...».

La suma ofrecida por Geneen era, pues, una modesta «contribución a la Convención y a la Oficina de Turismo de San Diego».

Irritados por esa paja en el ojo republicano, los demócratas se quejan y pierden el proceso. En mayo de 1972, un juez californiano pronuncia su veredicto: «La conducta del acusado (ITT-Sheraton-James-Geneen) no constituye violación alguna de las leyes federales relativas a la corrupción».

La ITT ha reconquistado, pues, jurídicamente la virginidad.

Por desgracia, la prensa, siempre la prensa, descubre que unas semanas después de las negociaciones de los cien mil (o cuatrocientos mil) dólares, Richard McLaren, adjunto del ministro de Justicia, autorizó a la ITT para que se «tragase» a la Hartford Fire Insurance, jugosa compañía de seguros.

Lo curioso del caso es el giro

de noventa grados que para ello hubo de dar McLaren. Porque éste había sido siempre un enemigo acérrimo de la ITT, un Ralph Nader casi. McLaren había lanzado constantes diatribas contra «la tendencia galopante a la concentración económica». ¡Palabras, nada más que palabras! Los hechos demuestran que el Ministerio de Justicia y la ITT se arreglaron amistosamente.

Los mal pensados, entre ellos el influyente periodista Jack Anderson, establecen inmediatamente una relación de causa a efecto:

— La ITT, apuntan, les ofrece a los nixonianos una importante suma de dinero:

— Los que rodean al Presidente presionan sobre McLaren, y la ITT devora a la Hartford Fire Insurance sin problemas.

— McLaren ha cedido, y como recompensa es nombrado juez federal en Chicago.

La Comisión de Asuntos Judiciales del Senado estudia el caso en marzo de 1972. McLaren es interrogado por el senador demócrata Philip Hart, una de las «conciencias» del Capitolio.

Hart: «... ¿No se han ejercido presiones políticas sobre usted?».

McLaren: «No señor».

McLaren subraya que la decisión en torno a la ITT y la compañía de seguros Hartford la tomó él solo. McLaren se beneficia de un sobreesimiento senatorial. La ITT se ve libre de culpa. McLaren consigue salir de apuros como sus superiores, jefes o amigos, John Mitchell y Richard Kleindienst. Estos últimos, sin embargo, iban a verse sumergidos posteriormente en los torbellinos del Watergate. La ITT podría, pues, volver a ser objeto de discusión en el Senado al igual que esas otras importantes compañías que han reconocido recientemente haber dado un millón quinientos mil dólares al partido republicano.

El público americano no muestra excesiva preocupación por el asunto de los cuatrocientos mil dólares, aunque sea ésta la suma más importante jamás «regalada» por una sociedad a un partido político. La opinión pública reacciona con mayor energía cuando se entera de que la ITT y Geneen han tratado de influir sobre el Departamento del Exterior en relación con un asunto latinoamericano.

OLIVIER TODD

riores, más bien blando según los cerebros de la ITT, los Estados Unidos han gastado en Chile en concepto de «ayudas» de diverso tipo mil millones de dólares. Todo el mundo lo sabe: el ministro de facto es el doctor Henry Kissinger, por entonces consejero de Nixon y presidente al mismo tiempo del Consejo Nacional de Seguridad. La CIA está representada en dicho Consejo a través de su jefe, John McCone. Este último se convertirá un año después —¡oh, casualidad!— en uno de los directores de la ITT.

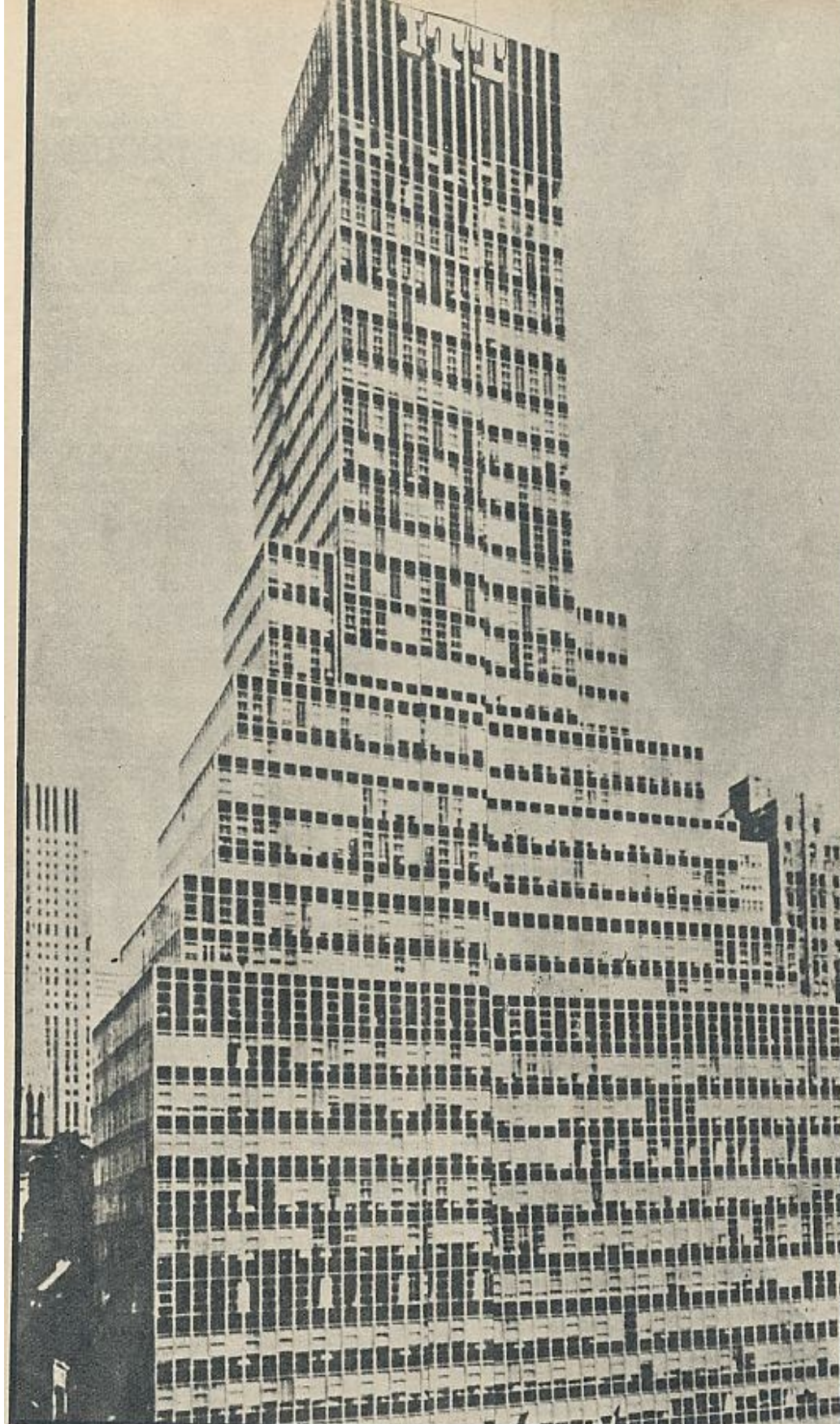
La ITT hace entonces una oferta original, sin precedentes: pone a disposición de la CIA nada menos que un millón de dólares destinados a frenar a Allende. La CIA rechaza el ofrecimiento. El Gobierno americano no tiene la costumbre de subvencionar sus operaciones paralegales y ultrasecretas con donaciones particulares. Además, Kissinger piensa que todo aquello huele a gato encerrado: cortés pero secamente acusa recibo de la carta; es todo. Geneen almorzará el 29 de septiembre de 1971 en la Casa Blanca con Alexander Haig, adjunto de Kissinger, actualmente jefe del Estado Mayor Civil de Nixon.

Los documentos y memorándums de la ITT relativos a la operación Chile posteriormente desenterrados están redactados en una extraña jerga. Se trataba de «crear el desorden económico». De incitar a la «provocación». «Hay que obrar con tranquilidad y eficacia, de modo que Allende no consiga superar los seis meses cruciales que tiene por delante». ¿No se trata de una consigna de liquidación política o física del molesto personaje político?

El Senado, siempre investigando, se interesa también por el asunto chileno. En marzo de 1973, Geneen niega tranquilamente todas las acusaciones ante la Comisión Senatorial de Asuntos Exteriores: jamás ha preparado un golpe de Estado, ni militar ni de ningún otro tipo, en Chile. El informe senatorial publicado un mes después reconoce que la ITT tenía razones para preocuparse: sus haberes en Santiago de Chile superaban los ciento sesenta millones de dólares. Los senadores, auténticos caballeros, comprenden el que la ITT manifestase a la Casa Blanca su preocupación por el viso que estaban tomando los acontecimientos en Chile. El informe reconoce que unas personas razonables pueden tener opiniones divergentes respecto de las medidas a tomar a la hora de hacer frente a un «problema complejo».

Después de todo, las conversaciones, los conclave casi en la cumbre, los dólares ofrecidos no pasaban de ser «propuestas». La intención no es acto y menos aún crimen.

En el curso de una conferencia



Sede central de la International Telephone and Telegraph Corporation, en Nueva York.

1970: desde hace un año, Chile ha sustituido a Cuba como principal rompecabezas de Washington. Salvador Allende viste elegantemente con traje y corbata. No es un descamisado como Castro. Y, sin embargo... la ITT teme verse nacionalizada, y lo que es peor, sin indemnización. Es preciso impedir que Allende ocupe

el poder en noviembre. Para ello se podría subvencionar a sus rivales, Jorge Alessandri (extrema derecha) o Rodomiro Tomic (demócrata-cristiano). Por desgracia, éstos no se entienden. Chile es un país complicado, confuso.

Hay que ocuparse directamente de Allende. Este personaje es tanto más peligroso cuanto que

es el representante de un socialismo democrático. Esa enfermedad podría ser contagiosa. La ITT y Geneen —ya se verá— son menos alérgicos a los «socialismos» policíacos y burocráticos tipo URSS o Polonia.

En Washington es preciso operar indirectamente: con el apoyo del Ministerio de Asuntos Exte-

LA I.T.T. UN GIGANTE POR ENCIMA DE TODA SOSPECHA

de prensa celebrada el 21 de junio de 1973, Frank Church, otra respetable «conciencia» senatorial, resume la situación:

«Me preocupa mucho el comportamiento de la ITT y de la CIA, pero no hay nada de ilegal en todo ese asunto».

En una palabra: los padres fundadores de la Constitución y la Jurisprudencia norteamericanas no previeron la posibilidad de que una firma X ofreciese fondos a un servicio secreto. Y para derribar a un régimen extranjero Z.

En una palabra, Geneen gana jurídicamente con el aval de la más prestigiosa institución legislativa, el Senado, otra batalla: sospechas aplastantes, pruebas formales muy endebles. Ya lo observó Kant hace tiempo: la legalidad no agota la moralidad.

Sin embargo, son muchos todavía los que siguen pensando que:

a) La ITT compró a Nixon por cuatrocientos mil dólares.

b) La ITT se inmiscuyó burdamente en los asuntos internos de un país sudamericano. En este hemisferio, las siglas ITT son ya tan célebres como las de su rival, IBM, o el sello de la United Fruit.

Chivo expiatorio

En la ITT se encogen, sin embargo, de hombros:

«Todas las grandes sociedades se ven envueltas en "affaires". Ciertos políticos y reporteros hacen así su agosto».

En el sector de las relaciones públicas se dan muestras de un optimismo didáctico y dialéctico:

«Todos estos "affaires" sirven de publicidad para nuestra sociedad. Nunca han tenido tantos clientes los hoteles de la cadena Sheraton».

¿Qué hay de las caídas de la Bolsa?

«No sería científico atribuir la baja de nuestras acciones a estos "affaires"».

(Se evita cuidadosamente la palabra «escándalo».)

Y con cierta delectación morosa:

«Otras compañías se han visto afectadas por las fluctuaciones monetarias o las variaciones de distintas economías».

En los estados mayores de la ITT, en Nueva York, en Bruselas, en París, se muestra amargura al respecto. ¿Por qué se ensaña la prensa con la ITT?

Otro motivo de dolor: entre los suyos, Geneen se siente aislado.

¿No será la ITT un chivo expiatorio demasiado fácil en un momento en que las sociedades multinacionales y los «conglomerados» están siendo muy discutidos? Se habla actualmente de diez multinacionales. Geneen no forma parte del «establishment» americano. No estudió en Harvard o Princeton, sino que asistió a cursos nocturnos en Nueva York. No colecciona cuadros de los impresionistas franceses como un Rockefeller, ni tiene los caprichos de un Hughes. Su «slogan» privado es franco y brutal: «Somos una compañía comercial y nuestro epitafio está inscrito en los dólares que, a través de cada una de nuestras acciones, van a los accionistas». El lema público de la ITT es más humanista: «Al servicio de los hombres y las naciones». Geneen, muy cool, muy frío, se emplea a fondo en el juego de la libre empresa. ¿Inmoral, deshonesto? No; lógico.

La confianza que demuestra Geneen está bien fundada: sabe que los Gobiernos «capitalistas» y «socialistas» necesitan de la ITT. En 1966, De Gaulle sale de la OTAN, pero su Gobierno autoriza al mismo tiempo a la ITT a absorber a la compañía eléctrica Claude.

El actual liberalismo selectivo de Georges Pompidou, Valéry Giscard d'Estaing y Olivier Guichard tiene sus razones para mostrarse tolerante con la ITT: los prometedores asaltos a los mercados soviético y de los países del Comecón se realizan a través de la ITT-Francia. Pero antes de pisar a fondo ese pedal, hay que liberarse de las brumas del presente, los escándalos americanos de la ITT, y que hacer frente a uno nuevo, el estallido con motivo de la publicación del libro de Anthony Sampson.

Para refutar las afirmaciones de Sampson, la ITT ha contratado urgentemente a un centenar de abogados, documentalistas y otros defensores multinacionales de su honor. Sampson acusa a la ITT de haber estado relacionada ni más ni menos que con los nazis.

Agosto de 1933: hace cinco meses que Hitler ha subido al poder. El nuevo canciller del Reich recibe al coronel Sosthenes Behn, que fundó la ITT en 1920, con su hermano Hernand, que está sacando partido de una pequeña sociedad telefónica en Cuba. Henry Mann, su brazo derecho alemán, presenta a Sosthenes y al Führer. «La Embajada de Estados Unidos ya

había sido advertida», según ha dicho la ITT en 1973. Wilhelm Keppler, consejero económico del canciller, presentó las candidaturas para ocupar las filiales de la ITT, entre ellas la de Kurt von Schroeder, futuro general de las SS, «canalizador de las finanzas en la Gestapo», según escribe Sampson. ¿La ITT tiene deudas con el Reich? Quedan anuladas. ¿La ITT necesita contratos? Se buscan inmediatamente. Hoy, cuarenta años después, en la ITT no ven la necesidad de resucitar algo que ya es historia. Y además añaden: «En los años treinta, la ITT no poseía la misma capacidad financiera».

«Sólo un puñado de íntimos conocían el verdadero rostro de Hitler... en 1933. El Gobierno de Von Papen solamente tenía tres ministros nazis de un total de once: Hitler era un enigma para los diplomáticos y para los políticos...».

¿No había sido informado Sosthenes Behn sobre el contenido de «Mein Kampf» por la Embajada de Estados Unidos? ¿Sobre el pangermanismo y el antisemitismo de Hitler? ¿Sobre sus ataques contra el capitalismo occidental, la cultura, «la internacional roja» de la URSS y «la internacional negra» de la Iglesia católica?

Lorenz, filial alemana de la ITT, compra, según Sampson, el 80 por 100 de las acciones de Focke-Wulf. Los magníficos bombarderos de esta compañía destruyeron los convoyes aliados durante la segunda guerra mundial.

La ITT responde en 1973: «Cuando se enteró de la compra de las acciones Focke-Wulf, Behn montó en cólera». Explicación un tanto platónica.

La ITT no envía sus beneficios desde la Alemania nazi a los Estados Unidos —como lo confirmará el general Von Schroeder en el año 1945—. Y la ITT dice en 1973: «El control de cambio no era favorable».

En la primavera de 1940 desembarca en Nueva York el doctor Alois Festrick, miembro del Consejo de Administración de la ITT alemana. Pero Westrick era al mismo tiempo enviado especial de Von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores del Reich de los Mil Años. Westrick es consciente de las enormes posibilidades de un próximo acuerdo comercial germano-americano. Pero hay una pega: Gran Bretaña se ha empeñado en la lucha. Si los norteamericanos dejaran de abastecerla, la guerra se acortaría, su-

giere Westrick. Roosevelt no le escucha. La ITT no ha hecho hasta ahora nada por refutar estas afirmaciones.

En 1938, tras el «Anschluss» con Austria, los nacionalizadores nazis querían expropiar Czeizaj-Nissl, la filial austriaca de la ITT. Hitler tranquiliza a Behn. Juden raus. Se contentaron con expulsar a los judíos, y entre ellos al P.D.G.

Sampson facilita información abundante sobre las relaciones entre la ITT y los nazis, en los Estados Unidos, en Rumania, en España y en Suiza, que era el punto de reunión de los espías y el lugar donde se celebraban las entrevistas privadas durante la guerra.

Esfuerzo bélico

Los hallazgos de Sampson en lo que se refiere a las relaciones entre la ITT y Gran Bretaña no han gustado mucho a los británicos: «La situación de la firma británica Standard Telephones and Cables en tiempos de guerra hubiera sido particularmente punzante para los empleados de la firma si la hubieran conocido —comenta Sampson—. La Standard siempre había aparecido como particularmente británica, sobre todo a partir de 1931, cuando el principal director norteamericano, Henry Pease, fue sucedido por... sir Thomas Spencer y a ser Frank Gill. Behn llegaba en el "Queen Mary", se instalaba en una elegante "suite" de la firma y ofrecía unos soberbios "lunchs" en el Ritz. Parece ser que nadie estaba enterado de sus actividades alemanas al otro lado del canal de la Mancha».

Maurice Deloraine, ingeniero francés vinculado a la ITT desde 1925 y presidente de la LMT entre 1955 y 1965, dijo en el mes de agosto de 1973: «La ITT, al huir de Europa, pudo llevarse consigo sus trabajos sobre la goniometría. Por eso, una vez en los Estados Unidos se pudo construir un detector de submarinos con un alcance de dos mil kilómetros... Gracias a las investigaciones de la ITT también se pudieron descifrar los mensajes alemanes que los nazis creían indecifrables. La ITT jugó un papel muy considerable en la batalla del Atlántico».

Sampson, que lleva a cabo un estudio anatómico, pero no hace la autopsia del «conglomerado», afirma simplemente que la ITT estaba en el conflicto como el que más. Su conclusión: «Si los



Harold S. Geneen, presidente de la Internacional Telephone and Telegraph Corporation.

nazis hubieran ganado, la ITT hubiera parecido impecablemente nazi en Alemania, pero fueron derrotados, así es que salió impecablemente norteamericana».

Frente a las acusaciones de Sampson, la estrategia de la ITT es razonadora o sentimental.

Razonadora: «Es cierto que las fábricas alemanas de la ITT fueron obligadas a trabajar para los nazis entre los años 1930 y 1940, al igual que todas las fábricas alemanas de las industrias clave: independientemente de la nacionalidad del propietario y del mismo modo que las principales fábricas de los países de Europa ocupados posteriormente. Entre las sociedades cuyas fábricas también contribuyeron al esfuerzo militar nazi había una gran cantidad cuya importancia e influencia sobrepasaban con mucho las de las modestas operaciones de la ITT en Alemania en esa época».

Argumento sentimental: «El Presidente Harry Truman otorgó la medalla del Mérito al coronel Behn». Y el golpe de gracia para las almas sensibles: «Behn está enterrado en el cementerio nacional de Arlington». ¡Con John Kennedy!

Sampson, hoy jefe de las oficinas del «Observer» en Washington, ha enriquecido su libro para la edición francesa y prepara su contraataque. Ultimamente, la ITT siente fascinación por el mundo comunista europeo. La ITT ha hecho su entrada en Moscú antes que la Pepsi-Cola y al mismo tiempo que la Chase Manhattan Bank. Se han olvidado de los años 1949-50: por aquel entonces los húngaros fusilaban a un agente de la ITT de Hungría y encarcelaban a Imre Geiger, director general. Como consecuencia de la distensión, este último fue liberado el año pasado. «¿A cambio de algunas patentes?, se

pregunta el malicioso Sampson.

Si bien la ITT desconfiaba de las tendencias socialistas en Chile en 1970, hacía ya tiempo que preparaba su penetración en la URSS.

«Los contactos comenzaron realmente en 1965-66. Durante mucho tiempo fueron amistosos. Y se convirtieron en comerciales a partir de 1970», afirma un francés, miembro de una de las primeras delegaciones de la ITT que visitaron la Unión Soviética.

Y meditativo:

«Los soviéticos no se arriesgan. Cuidan mucho sus contactos con el Oeste. Desean que las relaciones sean duraderas. Sopesan todos los pros y contras. Y les cuesta mucho decidirse».

Octubre de 1972 es un momento histórico. Se inaugura en Moscú el centro de conversión de mensajes, instalado por la CGCT para la Aeroflot. Nicolai Vinogradov, director de Telecomunicaciones de la Aeroflot, declara en su discurso:

«No nos da miedo que la CGCT sea una filial de la ITT. Al contrario. La apreciamos mucho y continuaremos apreciándola».

De potencia a potencia

Tras los exploradores franceses de la ITT llegó la artillería pesada norteamericana: treinta responsables de grupo, bajo la dirección de un «senior vicepresidente» internacional, Frank Barnes.

Los soviéticos son conscientes de su retraso en el campo de la electrónica y de las telecomunicaciones. Están hartos de presentaciones audiovisuales, de consideraciones sobre la organización, el marketing, la producción, la tecnología.

Saben que la LMT ha conseguido un contrato por valor de unos

1.800 millones de pesetas. También la CGCT puede congratularse: los contratos para la instalación de dos centros de conversión de datos Datasystem (DS 4) para Aeroflot y el correo moscovita van a reportarle más de 168 millones de pesetas. Esta última compañía parece ser que va a conseguir un nuevo contacto por valor de 600 millones de pesetas.

El interlocutor de los hombres de la ITT, franceses o norteamericanos, es el doctor Djermén Gvishiani, yerno de Kosiguin. Está interesado en la diversificación de las empresas ITT, lo mismo en la televisión en color que en los alimentos congelados. La URSS sufre escasez de automóviles. Sus enlaces comerciales en el extranjero han redactado informes favorables sobre las compañías de alquiler Hertz, National, Europcar, Avis. Y precisamente Avis (que no forma parte del conglomerado en los Estados Unidos, pero mantiene estrechos lazos con sus sucursales en el extranjero) acaba de obtener una exención fiscal en la URSS.

El mismo negociador de la ITT francesa nos explica:

«Los soviéticos nunca nos han manifestado la menor hostilidad ideológica».

¡Por supuesto! Es que hay una cierta simetría —que tampoco hay que exagerar— entre la burocracia del Gosplan y la organización mundial de la ITT. Se tratan de potencia a potencia, en la centralización, la jerarquía, el orden y la disciplina. Tanto por una parte como por la otra se hacen planes a largo plazo en un ambiente de estabilidad y de «equilibrio» kissingeriano.

Algunos afirman, y es lógico, que la ITT está también guiñándole un ojo a Pekín. Pero con prudencia para no molestar a Moscú. En principio, los problemas que la ITT encuentra en la URSS —(los soviéticos que la ITT encuentra en la URSS) los soviéticos quieren equilibrar los intercambios, coproducir— se multiplicarían por diez en China.

La ITT está aprovechando hábilmente la distensión y el acercamiento tecnológico entre bloques. Los escándalos que la ITT arrastra tras de sí suponen una serie de problemas que no la conciernen exclusivamente, sino que interesan también a todas las sociedades multinacionales. Sampson no condena radicalmente en su libro a esos super-Estados. Piensa que sus diplomacias privadas deben ser sometidas a con-

trol, y sus cuentas, examinadas. Para Sampson, la ITT no representa sino la parte visible de un gran iceberg, tal vez edificante, pero en ningún caso ejemplar.

En Francia, el Consejo económico y social se ha planteado la cuestión de las sociedades multinacionales. Al cabo de un informe presentado los días 14 y 15 de noviembre de 1972, el informador de la sesión, Paul Moch, declaraba:

«En el marco de la Comunidad Económica Europea, las posibilidades inauguradas por el Mercado Común deberían contribuir a crear nuevas firmas multinacionales europeas de origen, pero capaces de ampliar sus actividades fuera del continente».

El señor Moch consideraba improbable el que la economía mundial quedase sometida al «control de unos centenares de gigantes firmas internacionales».

Esas firmas podrían, según él, «seguir desarrollándose, aunque en el marco de instituciones cuyo objetivo consistirá en eliminar sus posibles efectos desfavorables».

Los contratamientos de la ITT demuestran que esas instituciones no existen en Estados Unidos, y aún menos en el Mercado Común. Decía Sizzo Mansholt en noviembre de 1972:

«Ni la Comisión de Bruselas ni los Gobiernos controlan a la Europa capitalista. Los gobernantes de los Estados nacionales se descubren ante los multinacionales, los empresarios... Su único objetivo es obtener los mayores beneficios. Y están en su derecho. Digo simplemente que es preciso modificar la sociedad para que aquellos cuyo único móvil son los beneficios no escapen al control de los Gobiernos...».

En los Estados Unidos, la ITT y demás empresas multinacionales van a enfrentarse con otro problema más grave que el de los hipotéticos controles políticos: la legislación propuesta por los sindicatos norteamericanos. Estos desean que los beneficios importados por las empresas multinacionales sean gravados con impuestos más altos. El Presidente Nixon se muestra vacilante. Según el número de agosto de 1973 de «Fortune», los Estados Unidos deberán recuperar veinte mil millones de dólares en 1980 a través de las empresas multinacionales.

Frente a esos futuros miles de millones, ¿quién va a hablar ahora de cuatrocientos mil o de un millón de dólares pasados? ■ O. T.